



1. Pueblo del Castillo de Javier.-2 Fachada principal del Castillo de Javier.-3 Fila donde fué bautizado S^t Francisco.-4 Ventana del Castillo-5 Escudos sobre la puerta principal

UNA VISITA

AL CASTILLO DE JAVIER.



A mi respetado y querido amigo D. Francisco Navarro Villoslada.

I.

Pocos años hace que en compañía de un amigo llegábamos á la histórica ciudad de Sangüesa, de paso para el Monasterio de Leyre. El objeto de nuestro viaje era visitar este renombrado y antiquísimo cenobio; leer entre sus ruinas venerandas algo de su grandioso pasado y hacer una monografía del en otro tiempo célebre, y hoy olvidado monumento, panteon de nuestros Reyes y refugio de nuestra independencia en los siglos medios.

Despues de descansar una noche en Sangüesa, montamos á caballo, y, precedidos de nuestros guías, dejamos la carretera y dirigímonos á través de solitarios campos hácia la sierra de Leyre, que por encima de áridas colinas mostraba sus azuladas crestas.

Dos horas haria que habíamos emprendido nuestra marcha, cuando divisamos un grupo de campesinos que lentamente caminaban en la misma direccion que nosotros. Componíanlo dos robustos jóvenes, un anciano que se apoyaba con trabajo en un nudoso palo, un rapazuelo que llevaba del ramal á un asno; y una mujer en cuyo demarcado rostro se retrataba el sufrimiento, y que iba sentada, ó mejor dicho, echada sobre el manso animal.

La cuesta que subíamos era áspera y nuestros caballos daban señales de fatiga; abandonamos, pues, las riendas, y nos dedicamos únicamente á la contemplacion del paisaje, que, á decir verdad, tenia poco de risueño. En derredor nuestro se elevaban colinas pedregosas,

tapizadas de retorcidos arbustos y cortadas por barrancos, cuyo fondo cubierto de guijarros y de cantos rodados, indicaba claramente la violencia de los turbiones durante la estacion lluviosa; algunos grupos de árboles se elevaban de trecho en trecho interrumpiendo la monotonía de líneas y colores de aquellas soledades, y no muy distantes se divisaban, como ya se dijo, la sierra de Leyre y las montañas de Aragon, que separa y limita por ambos lados *la Canal de Verdun*.

Rato hacia que nos entregabamos en silencio á la contemplacion de aquella agreste naturaleza, cuyo severo y triste aspecto parecia reflejarse en nuestros pensamientos; nuestros caballos se paraban cada vez con más frecuencia para arrancar las yerbas aromosas que pisaban; los guías tarareaban algunas coplas populares, y nosotros dejábamnos errar distraidos la vista y la fantasia al arrullo monótono de aquellos cantares, cuando el grupo de labradores que á corta distancia nos precedia, y estaba entónces en la cima de la colina, se detuvo, mientras que el anciano, alargando su brazo hácia delante, y descubriéndose, exclamó con voz fuerte: «¡El Castillo!» A esta voz se incorporó la enferma, quitáronse todos las boinas é hincaron en tierra sus rodillas. ¹

En aquel momento llegamos á su lado, y observamos con curiosidad aquella escena cuya significacion ignorábamnos, pero que sin embargo nos inspiraba respeto. El anciano rezaba en alta voz; su familia le contestaba fervorosa y las miradas de todos se dirigían á un mismo punto. Los ojos de la pobre enferma brillaban con la luz de la esperanza, y su semblante, hasta entónces triste, reflejaba un inmenso júbilo.

Descubrimonos tambien nosotros; escuchamos silenciosos las oraciones de aquellas pobres gentes, y unimos nuestras plegarias á las suyas.

Despues de concluido el rezo,—«Que San Francisco Javier te sane!»—dijo el anciano levantándose y dirigiéndose á la mujer.

—Amen!—exclamó el grupo de campesinos.

—Amen!—repetimos nosotros conmovidos.

Las primeras palabras que oimos al llegar á aquel sitio y las que

(1) Es costumbre en el país que cuando los que van en peregrinacion á Javier llegan á la altura desde donde se descubre el Castillo, cuna del santo apóstol, se arrodillen y reciten una oracion.

el viejo acababa de pronunciar nos dieron la clave del enigma. Efectivamente; á corta distancia se divisaba un vetusto castillo, cuyos muros festonados de almenas revelaban la morada feudal, al pié de la cual se agrupaban algunas casas de pobrísima apariencia.

Este era el pueblecito de Javier; el Castillo, la cuna de San Francisco, Apóstol de las Indias y del Japon.

A los pocos momentos, despues de bajar una áspera pendiente, llegábamos al pueblo, y atravesando por entre dos hileras de miserables casas una mal llamada calle, cubierta de guijarros y maleza, nos apeábamos á la puerta del Castillo.

II.

Pocas figuras aparecen en los anales de la humanidad tan grandes como la de Francisco de Jaso y Azpilcueta; tipo y modelo de esos admirables misioneros que siguiendo sus huellas, impulsados por la caridad de Jesucristo, marchan alegres á los últimos confines del Globo y mueren sonriendo, abandonados en medio de inexploradas soledades, felices al dar su vida por rescatar almas perdidas y encaminarlas al cielo, la historia del santo nabarro muestra hasta qué grado de perfeccion puede elevarse el hombre cuando hace el sacrificio de su voluntad y su existencia en aras del amor de Dios y del prójimo.

En aquella época triste y azarosa que presencié el fin de la gloriosa y antiquísima monarquía nabarra, no derrocada en noble lid, sino por medio de las malas artes de la intriga, del *furto* y de la *maña*; cuando aquellos nobles guerreros como D. Juan de Sarasa, D. Cárlos de Mauleon, el capitán San Martín, y otros muchos, morían en los campos de Noain abrazados á la gloriosa enseña de la pátria Nabarra, el ilustre Sr. de Javier, padre de San Francisco, defendía también á esta con noble ardimiento, y cortesano fiel de la desgracia emigraba á suelo extraño acompañando á los Reyes legítimos; más tarde era hecho prisionero entre los heróicos defensores de Maya, y desde la fortaleza de Pamplona lograba escapar á Francia. Terminada aquella triste y desigual contienda, fué indultado con otros leales caballeros, y volvió á habitar el Castillo que nos ocupa, donde en 1506 habia visto la luz primera el Apóstol nabarro.

Algunos años despues, casi en los momentos mismos en que Hernán Cortés realizaba sus homéricas hazañas, apoderándose con un pu-

ñado de soldados españoles del inmenso imperio mejicano, y hacia flotar el estandarte de Castilla sobre arroyos de sangre, otro conquistador sublime, Francisco de Jaso y Azpilcueta, sin más armas que una cruz de palo y el Evangelio en el corazón, atraviesa aquel mar grande de que habla el Profeta, lánzase sólo al fondo de regiones desconocidas; convierte cincuenta y dos reinos, bautiza por sí mismo un millón de idólatras; enarbola la enseña de Jesús en una extensión de más de tres mil leguas; devuelve á aquellas regiones la perturbada paz; renueva el milagro del don de lenguas; calma las tempestades; sana enfermos; resucita muertos; da conciencia de su dignidad de hombres á aquellos seres envilecidos,—que en su admiración y al presenciar tan grandes maravillas designan al santo con el gráfico nombre de «Dios de su naturaleza»—y combate y vence y avasalla, sin que después de su victoria haya más lágrimas que enjugar que las causadas por el reconocimiento!

Al recordar tanto heroísmo, se comprende que hasta la implacable crítica de los impíos se haya visto desarmada; que ni una voz tan solo haya osado empañar el nombre del Apóstol nabarro, y que los protestantes mismos le ensalzaran admirados cuando dirigiéndose á Francisco de Jaso repitieron por boca de Baldeus,—uno de sus más famosos escritores—aquella célebre frase aplicada ya por Bacon á la Compañía de Jesús: *«¡Pluguiera á Dios que siendo lo que sois hubierais sido de los nuestros!»*

La relación de sus empresas portentosas es testimonio elocuente, y apenas comprensible en nuestros menguados tiempos, de las virtudes que atesoraba su espíritu generoso; mas para formarse exacta idea de la inteligencia y el corazón de Francisco de Jaso, es preciso, leer sus admirables cartas, conmovedoras en su sencillez y apenas conocidas hoy, en las cuales se refleja su alma santa, documentos que encierran máximas prudentísimas y sábios consejos que nuestros hombres de Estado debieran tener presentes para la conservación de las apartadas colonias españolas...

Pero hagamos punto, que nuestro objeto no es escribir una biografía del Apóstol de las Indias, y limitémonos á describir el vetusto castillo que le sirvió de cuna; monumento que debiéramos contemplar con singular veneración y orgullo y que por efecto de esa punible indiferencia con que miramos nuestras glorias, yace casi olvidado y desconocido aún de la mayor parte de los nabarros.

III.

Es el Castillo de Javier un vasto edificio, desfigurado en extremo y privado de carácter por efecto de las modificaciones y arreglos que sin obedecer á plan ninguno se han hecho en diversas épocas. Sus torreones están mutilados; donde ántes se destacaba la severa y elegante silueta de las almenas se ven hoy prosáicos tejados, y buena parte de sus antiguos muros queda oculta tras de los graneros y otras dependencias que han convertido la histórica morada en una vulgar casa de labranza.

La impresion, pues, que su aspecto nos produjo fué poco agradable; nosotros esperábamos ver el edificio más ó ménos deteriorado por el trascurso de los siglos, pero en la misma forma que ostentaba en tiempo de San Francisco: creíamos que la veneracion con que siempre debe mirarse la cuna de un santo, ó de un grande hombre, habria hecho que se respetase hasta la hiedra que tapizara aquellos muros, y que se considerarian casi como reliquias las piedras que habian sido testigos de la niñez de Francisco de Jaso; pero, desgraciadamente, las guerras de que fué teatro nuestro suelo dejaron, tal vez, su huella en aquel monumento, y el descuido ó la ignorancia han debido contribuir á desfigurarlo con mengua de sus gloriosos recuerdos.

A pesar de todo; aún se descubre fácilmente entre las modernas construcciones el castillo de los tiempos medios, como vemos retratarse en algunos ancianos, á través de los trajes modernos que contrastan con sus cabellos blancos, las costumbres, el espíritu y los vestigios de una generacion que ya pasó.

El castillo de *Javier*, *Ssavier* ó *Isavier*, existia ya á principios del siglo XIII. En esta época D. Sancho el Fuerte lo recibia, con la villa de su nombre, en prenda de 9000 Sanchetes que habia prestado, y adquiria su propiedad. Pocos años despues, Teobaldo I, el Rey poeta, lo donaba á la casa de Sada, pasando más tarde el Señorío á la familia de Azpilcueta, y despues á la de Jaso.

De importancia debió ser durante la Edad Media este castillo, (probablemente por estar frontero á Aragon) pues vemos que los Reyes Nabarros procuraron tener adictos á sus Señores. En 1281, Javier Gil Martinez, hijo de Aznar, de Sada, hizo homenaje, por sí y sus sucesores á la Reina D.^a Juana y los suyos, de hacer guerra y paz con el

castillo y villa de Javier, siempre que se necesitase, por 800 sueldos sanchetes que el Rey debería darle anualmente. En 1303 Aznar Martínez de Sada repite el mismo homenaje á cambio de 800 sanchetes anuales por *mesnadería*, sin lo cual cesaría aquel; D. Rodrigo Aznariz se obliga también, en 1329, á servir á los Reyes D. Felipe y Doña Juana por 40 libras tornesas de mesnada al año, y en 1376 Rodrigo Aznariz de Sada repite el mismo homenaje por dos mesnadas de á 20 libras de carlines prietos que le dió D. Cárlos II, obligándose á presentarse con *caballo y amas segun á mesnadero correspondia*.

Aun cuando no tuviéramos estos datos, el simple exámen del vestusto castillo nos convencería de la importancia que en otro tiempo tuvo.

Su planta general presenta la forma de una media luna, no faltando quien haya querido relacionar esto con el escudo de armas que se ve sobre la puerta principal y algunas otras interiores, el cual consiste en un *creciente invertido jaquelado sobre una faja jaquelada también*. El mismo escudo se encuentra en la parte superior de las ventanas y en algunas curiosas rejas de hierro forjado, que parecen datar de los siglos XIII y XIV.

En el costado izquierdo del castillo se eleva una robusta torre que coronan restos de pesados matacanes, de los cuales se ven también vestigios en la parte superior de la fachada y en el interior del edificio. La parte posterior de este se encuentra cercada por un muro almenado y con saeteras, y su forma poligonal forma la convexidad de la media luna que, como hemos dicho, presenta el conjunto del castillo.

Hállase este incrustado en una roca que forma una pequeña colina, en cuya parte Norte, ó sea donde se alza el muro almenado, presenta un pendiente talud, siendo por este lado el castillo de difícil acceso.

Penetrase en su interior por una severa puerta de forma ojival y hállase un vasto patio de forma irregular, en uno de cuyos costados se ve un pozo, objeto de singular veneración por parte de muchos de los peregrinos que allí acuden.

En uno de los lados del patio se encuentra la espaciosa y bonita iglesia del Castillo, sobre cuya puerta se leen los siguientes versos, que aunque no sean modelos en su clase no querernos dejar de copiar tal como allí se ven escritos:

«Detén tu paso, y reflexiona atento,
Antes de penetrar estos umbrales,
Que vas á visitar un aposento
Que merece respetos celestiales.
En él nació Javier; aquel portento
Que en las Indias y playas Orientales
Con un celo ferviente y nunca visto
Granjeó medio mundo á Jesu-Cristo.»

«Sin ejércitos, armas ni cañones;
Con la cruz en la mano y sus virtudes
A belicosas bárbaras naciones
Les cambió sus feroces habitudes,
Transformando en Cristianas las regiones
Y al diablo aniquilando esclavitudes.
Metamórfosis bella, que á tal hombre
Luego en el mundo dió divino nombre.»

«En amor de Jesús su pecho ardía
Y este fuego sagrado que abrigaba
Al correr todo el mundo le impelia
Y á incendiarle con él se preparaba.
Mas, Isla de Sancian, tu viste el día
En que su alma gozó lo que anhelaba!
Dejando á los mortales un ejemplo.
Digno de eterno bronce, fama y templo.»

La iglesia es relativamente moderna y encierra pinturas de mediana ejecución; también se guarda en ella, si la memoria no nos es infiel, alguna reliquia notable de San Francisco.

En lo restante de la planta baja del Castillo no hay nada que merezca especial mención, si se exceptúan alguna lóbrega poterna y varias puertas de hierro.

Una de las cosas más interesantes que encierra este edificio, tal vez la más notable, es un pequeño oratorio situado en un torreón cilíndrico, cuyo interior recibe escasa luz por una angosta saetera convertida hoy en ventana. A este oscuro oratorio solía retirarse Francisco de Jaso á hacer oración cuando era niño, y en su altar en-

cristalado se conserva el crucifijo que, según piadosa tradición, sudaba sangre todos los viernes durante el último año de la vida del Santo.

Prescindiendo del respetuoso interés que este crucifijo despierta por sus recuerdos, es notable también bajo el punto de vista arqueológico, pues ostenta esa forma hierática y convencional usada en los siglos medios, pero representa ya el estilo de transición, y deja presentar el arte del Renacimiento.

No es fácil expresar la curiosidad, la emoción, el respeto de que se siente el alma poseída al recorrer aquella veneranda morada donde las piedras mismas parecen hablar del varón heroico que vió en ella la luz primera; donde hasta el aire parece saturado, si así puede decirse, de los recuerdos de sus portentosas empresas.

En aquel patio jugaba cuando niño; bajo aquellos techos recibí las primeras impresiones su ardiente corazón y resonó aquella voz que un día había de conmover al extremo Oriente; cerca de aquel hogar se sentaba á escuchar admirado las crónicas antiguas de Nabarra que su padre escribía;¹ desde aquellos cuarteados torreones contemplaba, en la sombría sierra, el célebre monasterio de San Salvador de Leyre, entónces floreciente y poderoso, hoy casi convertido en escombros, víctima del vandalismo revolucionario y de la ignorancia, que no solo destruyeron estúpidamente una inestimable joya religiosa, histórica y artística, sino que dejaron rodar entre el cieno las sagradas cenizas de nuestros antiguos Reyes Nabarros!

Pero aparte del mundo de impresiones y recuerdos que aquel sombrío monumento hace surgir del alma, nótese en él la falta de objetos pertenecientes al santo ó á su familia; objetos que el piadoso viajero busca en vano y que de conservarse allí tanto acrecentarian el interés y el respeto que justamente despierta el histórico castillo. El único realmente notable es la pila donde fué bautizado San Francisco, la cual se ve en la pobre parroquia del pueblo. Parece que ántes de la guerra de la Independencia, estaba forrada ó recubierta toda ella de plata labrada; pero, según se nos dijo, las huestes de Napoleón I entraron en la aldea á viva fuerza y arrancaron sacrilegas el precioso metal, dejando la tosca pila de piedra en la forma que hoy tiene, que en nuestro concepto es la primitiva.

(1) D. Juan de Jaso, padre de San Francisco, escribió unas crónicas antiguas de Nabarra que aun se conservan inéditas.

Los ilustres poseedores del castillo, descendientes de la familia de San Francisco, tienen encomendada la custodia del precioso monumento á un señor Capellan, que cuida especialmente del culto de la iglesia y el oratorio ya descritos, y á un Administrador.

El pueblecillo de Javier es visitado por muchos peregrinos, especialmente en la fiesta del Santo, siendo notable el número de los que acuden de Francia y Aragon, á muchos de los cuales se alberga generosamente en el castillo.

IV.

Despues de pasar allí tres dias continuamos nuestro viaje, separándonos con pena de los que tan franca y afectuosa hospitalidad nos habian concedido. Al llegar á la cima de un collado, nuestros guías nos hicieron notar unas piedras tapizadas de musgo, á las que en el país distinguen con el nombre de «*Peñas del Adios.*»

Detuvimonos y contemplamos largo rato en silencio aquellas descarnadas rocas y la humilde aldehuela que acabábamos de abandonar, y desde allí se dominaba por completo; el nombre con que se distingue á aquel lugar solitario encierra todo un poema de sentimiento y de grandeza. Al dirigirse San Francisco Javier desde Roma á Lisboa, donde iba á embarcarse para las Indias, pasó por las cercanias de su pueblo y quiso verlo por última vez: llegó al sitio donde nosotros nos encontrábamos y contempló la tranquila aldea en que habia pasado su infancia y el castillo donde habia nacido; en él se habian deslizado sus dias más felices; allí estaban los compañeros de sus juegos inocentes; en aquella opulenta casa vivia pensando en él su cariñosa madre, á la que tanto hacia no habia visto; en pocos minutos podia estar á su lado, entre sus amorosos brazos; sus compañeros le instaban á que fuese á despedirse de ella; pero todo fué en vano; comprendió cuán dolorosa habia de ser para la pobre anciana y para él la separacion despues de volverse á ver; pensó en la vida de sacrificios que iba á emprender; y quiso empezar por este, el más grande, el más penoso, quizás, de cuantos hizo. Contempló largo rato con los ojos preñados de lágrimas, su aldea, oró y marchóse.... para no volver jamás!

Todavía se conserva vivo en las lejanas tierras á donde San Francisco Javier llevó la civilizacion cristiana, el recuerdo de su abnega-

cion y sus heróicas virtudes, siendo tal la veneracion que inspira su memoria, que segun nos decia un distinguido marino inglés, los sencillos naturales del Japon que profesan la religion cristiana no comprenden cómo hay un español que no haya visitado la cuna del insigne y santo apóstol.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

AITA ZAR BATEN ESPERANTZA EDERRA.

¿Zelan bada gizona sarri dot ikusten
 Arrisku andietan errez dala sartzen?
 Ordu une danetan bizi nekatuten,
 Lorik egin bagarik gabak iragoten,
 Burua ausiten, bizia laburtzen,
 Osasuna galtzen,
 ¿Ez badeutsa pozen bat zerbaitek emoten?

Alan itandu leiket ez danak zolia,
 ¿Zér da orren pozgarri zu bertsolaria?
 Nik erantzungo deusat jo adiskidia!
 Esperantza bat oso dudarik bagia,
 Aberats andia, ezerdun chikia,
 Bardin ezeukia,
 Poztuteko munduko bizidun guztia.

Bestetan ¿zelan dakust nik nekazaria
 Egunera baño len oetik jagia?
 Soluetan lanean goisetik asia,
 Itzaiña idiakaz arturik burdia,
 Naiz eguraldia, izan otzegia,
 Zein beroegia,